

CRÓNICA DE UN VIAJE A TRAVÉS DE LA BRITANIA ROMANA HASTA EL MURO DE ADRIANO

(Realizado entre el 10 y el 20 de julio de 2017.
Dirigido por Emilia Fernández de Mier y
Jesús Quílez Bielsa)

SEEC MADRID

Por Ana Curto



De abadías, castros romanos, catedrales góticas...



Intentando demostrar que los refranes no siempre aciertan, emprendimos nuestro viaje a Britania, siguiendo las huellas de aquellos viajeros , que en el verano de 2006 marcaron la ruta, que habríamos de seguir, para llegar hasta el Muro de Adriano, 1900 años después de su nombramiento como emperador. Y en absoluto defraudó a las expectativas y al gran trabajo realizado por sus organizadores.

Un viaje, que enseguida se convirtió en un museo itinerante, pues en cualquier rincón acudía una musa a nuestro encuentro, y en un constante subir y bajar por las escaleras de la historia.

Sin casi avisar, aterrizamos en Edimburgo (la musical, literaria, histórica y misteriosa...Edimburgo).

De sus edificios georgianos escuchamos salir los ecos de conocidos personajes allí gestados (Ivanhoe, Dr Jekyll y Mr. Hyde, Sherlock Holmes o el joven Harry Potter). Recorrimos la Milla Real, cual príncipes y princesas, de castillo a palacio, persiguiendo los fantasmas de María Estuardo (la de los escoceses). Visitamos antiguas capillas y oscuras abadías en ruinas, a la búsqueda de pequeños tesorillos (elefantitos, corazones, hombres verdes y hasta un jabalí tocando la gaita) siempre alentados por Emilia, la de la eterna sonrisa, cuyas pistas seguíamos, a veces en lontananza. ¡Y nos despedimos de Escocia!



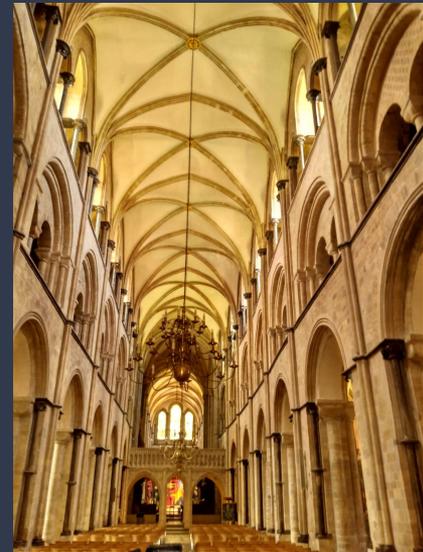
Siguiendo el rastro de la II Augusta...llegamos al MURO de Adriano

Tomando como punto de partida Newcastle (Pons Aelius, para los romanos), que tiende PUENTES de estilos varios sobre el río Tyne, emprendimos un recorrido por el Muro de Adriano, de este a oeste: empezando por Cordbrige (Corstopitum), continuando hacia Birdoswald (Banna), Chesterholm (Vindolanda) y Housesteads (Vercovicium) para terminar, a vista de pájaro, en Wallsend (Segedunum). Aprendimos a trazar cardos y decumanos, a descubrir los tesoros escondidos en sus cámaras secretas, imaginando el blandir de las espadas y casi escuchando el paso de las turmas, escalando torres de asalto y sumergiéndonos en las reconfortantes termas. ¡Y conseguimos el máster en campamentos romanos!



Haciendo parada en Durham, llegamos a la ciudad de York, la Eboracum fundada por los romanos.

En York nos reencontramos con el medievo y al pie de su fortaleza, vigilada por un rebaño de ocas, escuchamos historias de nobles y reyes, batallas y saqueos. Paseando por sus calles de casas medievales, oímos el maullar de los gatos en ellas emparedados y llegando a la catedral, nos recibió la estatua imponente de Constantino, recordándonos que allí fue proclamado emperador por sus tropas, tras la muerte de su padre, Constancio Cloro. Y continuamos con el recorrido de las catedrales góticas, que ya había comenzado en la normanda Durham (de diferentes pronunciaciones) y que seguiría en Salisbury y Chichester para terminar en Canterbury. Atravesamos sus naves, sus claustros silenciosos, nos sumergimos en sus oscuras criptas y en sus coloridas vidrieras revisamos la Historia Sagrada.



Como los mejores viajeros, íbamos dejando nuestras huellas y llevándonos los recuerdos.

De camino hacia la cuna del bardo, Jesús nos recitó en contundente y rítmico inglés el testamento de Julio César, pronunciado por Marco Antonio, al más puro estilo shakesperiano. ¡Porque él es un gran declamador!

En la universitaria Oxford, recorrimos los patios de sus colleges y, sentados en un banco, nos sentimos de nuevo estudiantes.

Nos sumergimos en las cálidas aguas de Bath, sin olvidar ninguno de los rituales previos, incluidas las obligadas plegarias a Sulis-Minerva.

En Stonehenge descendimos a la Edad de Bronce y nos reencontramos con la naturaleza. Rodeando el círculo de piedras, mientras empezábamos a distinguir

las piedras sarsen de las azules e intentábamos comprender cómo llegaron los dinteles a las alturas, alguno creyó escuchar el oráculo de un druida.



Habíamos navegado por verdes RIOS (el Tyne, en Newcastel, el Ouse, en York, en Oxford y Stratford, el rio Avon, aún tendríamos que surcar el ancho Támesis) y ¡Por fin! divisamos el MAR.

Con olor a salitre, en el interior de las murallas de Portchester, desfilaron ante nuestros ojos romanos, sajones y normandos.

En Fishbourne, fuimos bien recibidos en la villa de Togidubnus, donde contemplamos sus magníficos mosaicos y, reclinados en su triclinio de verano, hicimos bueno aquel dicho de “donde comen tres, comen treinta y dos”.

Y aquella noche, en la isla de Wahle, dormimos mecidos por las olas del mar.



Durante los largos trayectos en autobús, conducidos por Santiago, nuestro diestro Palinuro (experto también en la sinistra), compartíamos experiencias y viajes pasados, asistíamos al encuentro de colegas ingenieros, aprendíamos de judicatura y prácticas neurológicas o cantábamos las canciones de nuestra vida.

¡Y siempre nos acompañó la música! Las voces corales y el sonido del órgano en alguna catedral, el godspel en una plaza de Oxford, sonidos de blues y soul en algún típico pub, degustando el delicioso haggis escocés, acompañado de unas cervezas, o sentados en una terraza del puerto, avistando la isla de Wigth e intentando memorizar el magnífico cartel del año 70.

¡Tampoco nos abandonó la musa, aún innominada, del séptimo arte! Y al hilo de la historia revivíamos escenas y personajes míticos. Recordamos a las mejores actrices que encarnaron el papel de la regia María Estuardo, a Mel Gibson con el rostro pintado de azul, al mejor Brando subido a la tribuna de oradores, o aquel paseo a caballo por la playa de Richard Burton y Peter O'Toole, en los papeles de Henry II y Thomas Becket.

Y, como todo tiene un final, llegamos a Londres, la Londinium romana. ¡Fin de trayecto!



En pleno corazón de la City londinense, descubrimos los restos de la antigua ciudad romana, timidamente ocultos bajo los modernos rascacielos de vidrio y metal.

En Greenwich, para deleite de nuestros tecnólogos (pues tampoco faltó Urania a la cita) y de los viejos lobos de mar, aprendimos de relojes, sextantes, astrolabios y esferas armilares.

Y dejando atrás a “la bruja del vestido corto, agarrada a la cola del caballo”, navegamos por el Támesis, con el viento en los rostros, despidiéndonos ya de cada uno de los edificios que se alzaban a babor y a estribor.

Pero aún quedaba, a modo de colofón, la visita al MUSEO por excelencia, del que no conseguimos salir fácilmente,, como si un imán nos atrajera a buscar desesperadamente más y más tesoros arqueológicos.

Vaya mi agradecimiento a todos aquellos que han hecho esto posible, sin olvidar a la avanzadilla, cuya estela nos ha guiado durante este viaje “intenso e interesante”, como Javier, el más eficiente de los guías, nos recordaba al finalizar cada jornada, preparándonos para la siguiente etapa.

Imágenes grabadas ya en nuestras retinas, historias que durante mucho tiempo permanecerán en nuestra memoria, recuerdos que nunca abandonarán nuestro corazón, por más que algunos se empeñen en salir.



Historia vero testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuntia vetustatis.
Cicerón (De oratore 2, 36)